

Viajes sobre la estela del COVID-19 (I parte)

La enfermedad COVID-19 ha sacudido nuestras vidas. A pesar de la evolución de la ciencia y de la medicina, de los avances en microbiología, de que las condiciones sanitarias han mejorado sustancialmente, y a pesar de nuestro sistema de salud pública, el proceso de propagación del COVID-19 ha puesto en alerta nuestros mecanismos humanos de protección.

La humanidad ha tenido que aprender a superar los riesgos de convivir con los animales, con la naturaleza y con las bacterias, virus y parásitos. En el siglo XIX las pandemias de cólera tardaban años en recorrer el mundo, desde la India británica a América y, sin embargo, el coronavirus lo ha hecho en dos o tres meses. Es indudable que la intensidad de la movilidad global de hoy en día se ha visto favorecida por la rapidez, la frecuencia y el bajo precio de las comunicaciones aéreas y terrestres. Hace dos siglos la expansión del cólera y la peste no hubiera sido posible sin el desarrollo del ferrocarril y de la navegación a vapor, que recortaron extraordinariamente las distancias entre territorios y el coste de los viajes. Lo llamativo de la COVID-19 no es tanto su letalidad, menor que la peste, el cólera, la fiebre amarilla, el tifus o el ébola, sino sus efectos sobre la morbilidad¹.

En estos tiempos difíciles que corren, en los que la sociedad lucha por combatir la epidemia desatada por la COVID-19, muchos ciudadanos están ofreciendo su talento, su experiencia y su trabajo para combatir las dañinas consecuencias de este virus. En la primera línea están los sanitarios, trabajando y atendiendo a los enfermos. Una parte de ese personal lo componen nuestros farmacéuticos, que día tras día, están contribuyendo, desde sus respectivos campos profesionales, con sus conocimientos como expertos en medicamentos.

El padecimiento de esta crisis sanitaria nos recuerda una vez la importancia del Sistema Nacional de Salud para nuestra sociedad. Las políticas de coordinación, logística, organización y abastecimiento son prioritarias para hacer frente a la Covid-19, y las autoridades necesitan del asesoramiento de los mejores profesionales para tomar decisiones que afectan a millones de ciudadanos.

Desde el Colegio Oficial de Farmacéuticos de Madrid y de su departamento de Archivo, vaya nuestra solidaridad y reconocimiento por el esfuerzo extraordinario que durante estos días se está desarrollando para mantener la atención farmacéutica en el máximo nivel, asistiéndose a todo el que lo necesita, con un recuerdo especial para la parte más vulnerable de la población. Nuestros mayores y aquellos pacientes necesitados de su tratamientos farmacoterapéuticos han de recibir una especial protección, y nuestras farmacias son nodos de asistencia para todos aquellos que lo necesitan. Los farmacéuticos que trabajan en sus laboratorios, y todos aquellos que se dedican a la industria farmacéutica, a la distribución y a otras vertientes profesionales, están aportando un enorme beneficio a la sociedad.



Cada una de las imágenes se corresponde con las labores del campo realizadas según los meses del año, en este caso, enero, febrero; marzo y abril. Rodrigo Zamorano, *Cronología y repertorio de la razón e los tiempos*. 1621, "De las cosas que conviene que se haga en el campo, según el crecer y menguar de la luna", pp. 249-252.

Crisis epidémicas del pasado

Durante estas semanas de confinamiento, en las que la población ha de permanecer en casa, todos tratamos de seguir con nuestras rutinas, al menos con las que podemos, para mantenernos activos y vinculados a la realidad. Quizás nos ayude saber que nada de esto es nuevo, y que, desde tiempos remotos, el hombre se enfrentó a situaciones de confinamiento, y combatió la enfermedad con los medios a su alcance².

Las epidemias que históricamente han azotado a la población se han denominado plagas. La más famosa y con mayor efecto letal de entre todas ellas fue la peste negra, procedente de Asia, y que se reprodujo en varios ciclos a lo largo de la historia de la humanidad. La primera plaga bubónica que se ha podido documentar con una cierta amplitud (1347-1352) causó entre un 35%-60% de mortalidad en Europa y el Mediterráneo, un porcentaje que, según los expertos, se tradujo en más de 50 millones de muertos.

El mal de la plaga amenazaba a toda la población, sin distinción de origen, raza o condición social. Este temido forastero se desarrollaba en comunidades de diferentes características, urbanas o rurales, y su presencia territorial se originó en Asia, extendiéndose después a Europa y África. Las plagas han sido consideradas momentos cruciales en la historia de la humanidad, unas veces por desencadenar el colapso de las sociedades, y otras por originar profundos cambios, p.ej., en la evolución de las tasas demográficas. Paradójicamente, las plagas también tuvieron efectos positivos en determinadas áreas geográficas, generando consecuencias como crecimientos poblacionales en el continente europeo, la creación de resistencias contra los patógenos, el nacimiento de instituciones, o la reorganización de la producción agraria. La peste negra, por ejemplo, redujo, por un lado, la esperanza de vida de los nacimientos europeos y, por otro, elevó la calidad de vida, así como el nivel de renta de las poblaciones europeas y mediterráneas³.

El patógeno viajaba a menudo sobre hombros humanos. Las plagas se valieron de la actividad social para extenderse más allá de su lugar de origen. El activo comercio de las ricas ciudades europeas de la Edad Moderna, entre las que se encontraban Ámsterdam, Londres, Venecia o la floreciente Sevilla del siglo XVI, convirtió a estas urbes en focos especialmente vulnerables. También las zonas rurales con una importante actividad comercial, como las situadas en los Países Bajos, sufrieron con fuerza el azote de las epidemias.

Además de acompañar a mercaderes, el agente patógeno viajaba en los barcos que recorrían las rutas ultramarinas, o en las mochilas de los soldados. En una época en la que las guerras visitaban varias veces la vida de un individuo, los ejércitos sirvieron de vehículos transmisores de enfermedades contagiosas, como el tifus o la sífilis. Es verdad que la enfermedad no era acogida de la misma forma en todos los lugares a los que llegaba. Las poblaciones rurales y los entornos geográficos aislados contaron con mayores probabilidades de librarse de sus peores efectos.

Parece existir un consenso en que la mayoría de las epidemias que recorrieron la Edad Moderna antes de la industrialización fueron provocadas por la peste bubónica (bacilo *Yersinia pestis*). Aun así, otras plagas quedaron en la memoria colectiva, esta vez con origen en distintos agentes, como la viruela, las fiebres hemorrágicas, el tifus, la sífilis, el sarampión, o la gripe⁴.



Mapa de Sebastián Münster, *Hispanicae Regionis Nova Descriptio*. Basilea, 1552? Imagen propiedad de la Biblioteca Nacional de España <http://bdh.bne.es/bnesearch/detalle/bdh0000021065#>

Tomaremos como ejemplo la epidemia de peste que asoló tierras castellanas a finales del siglo XVI. Nos acercaremos a sus gentes, a los que tuvieron bajo su responsabilidad la toma de decisiones, y conoceremos sus reacciones ante la enfermedad. Lo haremos a modo de vista de pájaro, sobrevolando aquellos territorios durante los años de la plaga.

A finales del año 1596 una nao fondeó en la rada de Santander, portando en sus bodegas el germen de una plaga que se habría de extender con efectos devastadores por todo el reino de Castilla. Los mensajes advirtiendo de las primeras muertes no tardaron en llegar a los escritorios de los corregidores y servidores reales. Para las autoridades, el oscuro visitante era ya conocido. Durante tiempos medievales, terribles plagas habían asolado pueblos, ciudades y villas. Su recuerdo seguía vivo en las memorias de las generaciones, y su rastro podía seguirse en legajos depositados en los anaqueles de consistorios y secretarías.

Tras las primeras noticias, las autoridades vigilaron especialmente los focos portuarios del norte peninsular, pero conforme la epidemia se fue extendiendo, la actuación de los municipios y ciudades exigió de otras respuestas, de más recursos y de la cooperación de instituciones e individuos.

A pesar del rastro de dolor y sufrimiento, las comunidades, los moradores de las aldeas y villas, los labradores en las tierras de labranza y sus comarcas, o los habitantes de las ciudades trataron de seguir con sus vidas y rutinas. Podríamos decir que, en estos casos, en los que el hombre se enfrentaba a situaciones extraordinariamente amenazadoras para su existencia, la supervivencia de las comunidades no dependió tanto de una fortaleza económica, como de la forma en la que se utilizaron los recursos y las habilidades más escondidas o ignoradas⁵. Aquellas destrezas ocultas, dispersas o infrautilizadas de cada uno de los vasallos del reino se revelaron de gran utilidad durante los momentos de crisis.

La población del reino de Castilla de hace más de 400 años trabajó, sufrió, y soportó las hambrunas durante los años de la plaga, pero mientras esto ocurría, las instituciones e individuos se valieron del ingenio y de sus capacidades para combatir y paliar el azote de la enfermedad. Los historiadores hablan de medio millón de vidas entregadas durante los cinco años que duró la epidemia, sobre un total de entre seis y nueve millones de habitantes. Algunas ciudades perdieron hasta una quinta parte de su población, y muchos de sus habitantes huyeron o se desplazaron, al menos temporalmente, desde su lugar de origen hacia otros destinos más seguros.

La epidemia de peste bubónica que afectó a Castilla desde 1596 fue un capítulo más de una plaga cíclica que asoló la historia de Europa durante centurias. Sin embargo, no fue la única, ni siquiera la más importante de entre las muchas epidemias que se cebaron con tierras castellanas. Los expertos parecen coincidir en que las plagas más dañinas se identifican con las originadas por la peste bubónica, aunque también otras calamidades, como el garrotillo -una dolencia que atacaba la garganta- tuvieron su protagonismo en la historia de las enfermedades contagiosas.

La información, un valioso aliado para la toma de decisiones

En aquella época, la información viajaba por canales bastante más rudimentarios que los actuales. Los caminos en Castilla eran testigos de un tráfico multidireccional, formado por aquellos que dejaban sus casas huyendo de la enfermedad, y por mensajeros que portaban noticias. La información volaba en la boca de correos, espías, mercaderes, regidores, comisionados, arrieros, pastores, viajeros o soldados. Todos ellos traían nuevas sobre la epidemia a los gobernantes, que sabían de la importancia de conseguir información actualizada, lo que les permitiría gestionar la crisis con mayor eficacia, e incluso adelantarse a decisiones futuras.

Un buen número de aquellos mensajeros, enviados a recorrer los caminos, eran médicos o individuos que ejercían el arte de curar, a los que también se encargaba reunir información, y averiguar cuál era verdadera y cuál faltaba a la realidad.



Viajeros en el camino. *Ejemplario contra los engaños y peligros del mundo*. Zaragoza, 1531, fol. 80.

Sabemos que, durante los años de la peste en Castilla, los mercaderes que entraban y salían de Toledo sirvieron de canales transmisores de información. La urbe quedaba cerca de Madrid (recién nombrada capital en 1561), y su proximidad con la Corte conectaba a la ciudad imperial con los itinerarios de propagación de noticias. El abultado número de mercaderes toledanos con relaciones comerciales dispersas por una buena parte de la geografía española facilitó la llegada de valiosa información.

Además de mercaderes trajinando mercaderías, otros muchos súbditos recorrían los caminos hacia villas y ciudades. Y es que, si bien los centros urbanos solían contar con una parte de la población estable, también existía un porcentaje de artesanos, trabajadores agrícolas y domésticos, pastores y arrieros, que se desplazaban temporalmente desde unos lugares a otros, en busca de trabajo, o de fortuna. Tradicionalmente, habitantes del norte peninsular empleaban varios meses al año en las labores agrícolas en áreas de La Rioja o Castilla. Mano de obra empleada para la construcción y no pocos artesanos cambiaban frecuentemente de ciudad, según iban corriendo sus contrataciones para la edificación de iglesias, casas de ricos mandatarios o cualquier tipo de obra civil. Aquellos que contaban con pocos recursos, transitaban de un lugar a otro en busca de trabajo, y quedaban allí donde encontraban a alguien con quien formar una familia⁶.

Bajo una situación de cuarentena, las ciudades publicaban bandos y edictos gracias a las noticias traídas por una multitud de informadores. A los despachos y covachuelas de los centros de decisión llegaban testigos presenciales de los fallecimientos que se iban produciendo –sobre todo, curas y párrocos–, también observadores de los movimientos que se producían en las murallas y puertas de la localidad vecina, inspectores de las zonas portuarias, o recolectores de rumores vecinales. A veces, la información se verificaba bajo la presencia de testigos, que solían declarar ante un escribano cómo “...en aquella villa y más allá *hay voz pública y fama que mucha multitud padecía la enfermedad*”.

En 1598, el consistorio de Burgos envió a Cristóbal de Morales a visitar la localidad de Melgar de Fernamental, situada bajo su jurisdicción. El encargo recibido por este comisionado nos muestra el detalle el protocolo de recogida de información del que se valía la institución burgalesa para conocer el estado en el que se encontraba la villa burgalesa. ¿Cuándo llegó la enfermedad?, ¿qué tipo de enfermedad era?, ¿cuántas personas se enfermaron y murieron?, ¿cómo se llamaban y cuál era su condición social?, ¿cerraron las casas de los que enfermaron y murieron o permanecieron abiertas?, ¿cómo se habían reabierto?, ¿las habían limpiado con vinagre perfumado?, ¿se habían quemado los vestidos y la ropa de cama?... y así toda una batería de preguntas que desfilaba desde lo general hasta el minúsculo detalle. Morales tenía orden de levantar testimonio (por escrito y ante notario) con testigos, que daban razón de lo que habían presenciado, y por qué lo sabían, aportando todo lujo de detalles. Finalizado el interrogatorio, Morales prosiguió su camino, convocando a los funcionarios de cada localidad. Los interrogaba bajo juramento requiriéndoles se manifestasen sobre si su localidad estaba sana y libre de contagio, "para que sin poner en peligro o perjudicar la salud, dicha ciudad pueda hacer negocios y comunicarse con esta ciudad de Burgos y las otras ciudades, pueblos y aldeas en estos reinos, advirtiéndoles que si declaran algo diferente a la verdad, o si se producen dificultades o daños, serán castigados severamente". El comisionado Morales igualmente convocó al capítulo del clero en la ciudad y lo hizo testificar⁷. Esta forma de actuación estaba profundamente arraigada en la cultura castellana del Renacimiento, en la que la intervención de escribanos y letrados era muy usual, e impregnaba con solemnidad y a veces con interminable documentación los actos institucionales de villas y ciudades.

En esa labor incesante de producción y recopilación de noticias, el ayuntamiento de Toledo mantenía a agentes en la Corte, que se servían de sus contactos diarios con los secretarios reales y con los miembros de los poderosos Consejos, y de los que obtenían información, consiguiendo la aceleración de gestiones sobre la epidemia. Por su parte, la Corona enviaba a los ayuntamientos instrucciones, por ejemplo, a través de sus jueces, bajo la forma edictos reales. A través de la *vara alta de la justicia* se dejaba sentir el poder real, en este caso materializado por el alguacil, como personificación visible y legítima de la autoridad del rey⁸. Las corporaciones locales recibían las instrucciones en presencia de un notario, las reconocían públicamente y juraban respetarlas. Tras hacerlas públicas, ordenaban a sus pregoneros marchar a los pueblos a vocearlas.

Una de las principales preocupaciones pasaba por conocer la ubicación geográfica de los focos de contagio, sobre los que se daba la alerta y se prohibía la comunicación. De ahí vienen los conocidos listados de poblaciones, hechos públicos durante las crisis epidémicas, a modo de largas enumeraciones de ciudades, villas, y aldeas infectadas, de las que había que protegerse. Los ayuntamientos publicaban sus bandos, los colgaban sobre soportes de madera o en lugares públicos concurridos, y los mandaban proclamar a sus pregoneros.

Tenemos el ejemplo del edicto de 1599, que reproducimos a continuación, dictado por el ayuntamiento de Toledo, prohibiendo el contacto con las poblaciones infectadas (aproximadamente, unas 140), bajo penas que iban desde los azotes a las multas.

"DE LOS LUGARES DE QUE LA CIUDAD DE TOLEDO MANDA GUARDAR

Sepan todos los vecinos moradores de esta muy noble ciudad de Toledo, estantes y habitantes en ella, cómo en las ciudades, villas y lugares que abajo irán declarados, hay de presente mal contagioso, por lo cual esta ciudad y villa de Madrid se guarda de ellos, y se manda que ninguna persona de cualquier estado y calidad que sea, ni ropa, ni mercadería que viniere de las dichas partes y lugares entre ni intente entrar en esta ciudad y lugares de su jurisdicción, so pena de 100.000 maravedís y seis años de destierro precisos a las personas nobles, y a los demás 200 azotes, y el mismo destierro, y a todos perdimientos de las mercaderías y ropa, para que sea quemada públicamente, oro, plata, ganado, mantenimientos, y otras cualesquier cosas que vengan de las dichas partes y lugares aplicadas las dichas penas pecuniarias tercias partes cámara, y denunciado y gastos de peste, y solas mismas penas se prohíbe y manda que ninguno sea osado de hospedar ni recutar [sic] a las dichas personas y mercaderías en sus casas ni fuera de ellas, so la dicha pena, y así mandan que los lugares de esta tierra y jurisdicción se guarden de los dichos lugares, y se le de un traslado de esta comisión y copia y así lo mandó y firmó el señor corregidor, y quedó acordado en la comisión de la ciudad testigos, Juan de Herrera, regidor, y Fernand Álvarez de Cisneros, jurado. En Toledo, a 17 días del mes de junio de 1599 años". Firmas: Baltasar de Toledò, escribano público. Don Francisco Carvajal⁹.

Los listados quedaban en las manos de los guardias que flanqueaban las puertas de acceso a la ciudad. Su contenido determinaba qué viajero podía entrar, o cuál sería rechazado, si provenía de zonas infectadas. Al parecer, en 1597 se dio orden a la guardia de no desvelar el contenido de las listas, porque la peste dañaba la reputación de las ciudades infectadas. Además, los forasteros, tras preguntar sobre cuáles eran las localidades señaladas, rápidamente cambiaban su relato para conseguir la entrada a la urbe. Para evitar la picaresca, se ordenó a los soldados "mirar cuidadosamente el testimonio [del viajero], y si ha venido de lugares pestilentes, simplemente deberán decirle que no puede entrar"¹⁰.

Marta García Garralón
Departamento de Archivo
Colegio Oficial de Farmacéuticos de Madrid

1 CIDEHUS CIENCIA. *Narrativas de una pandemia... Pandemias y cuarentenas: Cuando la Historia se hace presente*. Entrevista de Sónia Bombico a Francisco Javier Martínez, investigador del CIDEHUS-Universidades de Évora. [Disponible en línea [consulta efectuada el 13 de abril de 2020] <https://narrativasdeumapandemia.wordpress.com/2020/04/06/pandemias-y-cuarentenas-cuando-la-historia-se-hace-presente/>

2 Este texto está basado investigaciones realizadas en torno a las epidemias que asolaron Europa durante la Edad Moderna, especialmente en la Castilla del siglo XVI. Nos hemos documentado en el trabajo de la historiadora Ruth Mackay sobre esta temática, realizado desde una perspectiva de pensamiento crítico y con un enfoque original sobre los efectos de la epidemia en las vidas de los castellanos: *Life in a time of pestilence. The Great Castillian Plague of 1596-1601*. Cambridge University Press, 2019. También hemos consultado: Guido Alfani y Tommy Murphy, "Plague and Lethal Epidemics in the Pre-Industrial World", en *The Journal of Economic History* 77, no. 1 (2017): 314-43; y Julián Montemayor, "Una ciudad frente a la peste. Toledo a finales del siglo XVI". [Disponible en línea] [consulta efectuada el 07/04/2020] <https://core.ac.uk/download/pdf/38834711.pdf>

3 Alfani y Murphy, "Plague and Lethal Epidemics...", p. 330.

4 Alfani y Murphy, "Plague and Lethal Epidemics...", pp. 314-318. La naturaleza y las consecuencias de la infección dependían de un agente específico. A la hora de realizar su trabajo, los historiadores actuales se enfrentan a la vaguedad del lenguaje utilizado por los contemporáneos de la época. La terminología confusa, así como el desconocimiento científico del origen y comportamiento de la enfermedad dificulta extraordinariamente la identificación del agente causante del mal.

5 Ruth MacKay, *Life in a time of pestilence...*, p. 12.

6 Ruth MacKay, *Life in a Time of Pestilence...*, p. 68.

7 Ruth MacKay, *Life in a time of pestilence...*, p. 59.

8 No olvidemos que la vara, ese bastón utilizado por los ministros de justicia y que actualmente llevan los alcaldes y sus tenientes, representaba el poder, la influencia y la autoridad.

9 Lista de ciudades fuera de los límites de Toledo como consecuencia de la plaga. 17 de junio de 1599. Archivo Municipal de Toledo, Libros Manuscritos, Sección B, n. 176. Recogido en Ruth MacKay, *Life in a Time of Pestilence...*, p. 57.

10 Ruth MacKay, *Life in a time of pestilence...*, p. 56.